

ceptos de donde las categorías científicas proceden. Según se presume la religión, la fisicidad, etc., de la moralidad, así vendrá descrita en conceptos moralmente conexos con aquellas. La analogía entre religión y moralidad no puede menos de sugerir que el resultado obtenido, acerca del sentido de la conducta humana, en ambos campos, ha de ser idéntico. Lo mismo resultará si se análoga la ética a la biología, a la estética, a la epistemología intuicionista, etc., donde el sentido de la verdad y del error se verán implicados en el acierto y el desacierto ético. En un plano distinto, los hechos morales son calificados en acciones muy ajenas a las intuitivamente éticas, si se examinan los hechos desde el punto de vista físico, biológico, psicológico, sociológico y otros que de algún modo implican juicios éticos acerca de la conducta humana y de sus consecuencias. En mucho, pues, los conceptos morales empleados califican el resultado valorativo de la ciencia moral.

¿Puede afirmarse, entonces, que los conceptos morales tienen un carácter presionante sobre la conducta, indicativo al tiempo que técnicamente epistemológico de la realidad moral misma? Se trata de saber si en cada caso «debo hacer tal cosa», puesto que «tal cosa tiene la cualidad intuída de ser obligatoria». Si ello es así, opina el autor que debe examinarse la manera de que nuestro propio deber no nos venga indicado precisamente en función de la moralidad metodológica para el conocimiento moral, lo cual sería un peligro innecesario y deformador.—A. S.

HANDY (Rollo): *An Analytic and Dogmatic Ethics*, en «The Review of Metaphysics», X, 4, 1957 (págs. 690-697).

Con frecuencia el filósofo que sigue la corriente analítica considera a los escritos de la tendencia no analítica como confusos e imprecisos. Por su parte, los estudiosos no analíticos hallan a los teóricos contrarios estériles y triviales. Este artículo considera dos libros de las dos tendencias. Comienza considerando el de Daiches Raphael, *Moral judgement* (Londres, 1955). Se puede calificar a juicio del autor el punto de vista de D. Raphael como Kant llevado al plano del naturalismo o también como una

«deontología sin intuicionismo». La primera sección de su libro, «La lógica de la moral», discute la sistematización del contenido de los juicios morales y sostiene que el naturalismo absoluto tropezará siempre con ciertos puntos de vista ya establecidos por Kant y que continúan con una cierta vigencia. Este criterio lleva a Raphael a una situación que pudiéramos llamar intermedia, ya que en el plano general y naturalista admite, sin embargo, una cierta intuición. No obstante, el método y el punto de vista deben ser analíticos y desde esta perspectiva valora los actos concretos y los sujetos de esos actos concretos. De aquí que dé cierta importancia al resultado de las ciencias sociales y lo considere como elemento a tener en cuenta en el análisis del contenido del juicio ético en concreto. El segundo libro que el autor trata es el de Dietrich Bonhoeffer, titulado *Ethics* (Nueva York, 1955). Bonhoeffer fué detenido en Berlín por la Gestapo y ejecutado por último el 9 de abril de 1945. Su libro es póstumo, de manera que el contenido de esta obra tiene zonas oscuras y otras en cierta medida incoherentes, ya que el autor no pudo dar la última mano a su redacción. El punto de partida de Bonhoeffer es en cierto modo dogmático, en cuanto se pregunta por la sustitución de la ética no cristiana por una ética cristiana. Afirma el autor que el supuesto último de la reflexión ética es el conocimiento del bien y del mal y que por consiguiente en la ética cristiana habría una dogmática ética casi análoga a la pagana si éste fuera el límite en el que se inscriben los valores morales. Pero Bonhoeffer sostiene que la pregunta básica para un cristiano es ¿cuál es la voluntad de Dios?, y en este sentido se entra en los dominios de una ética dogmático-teológica.—E. T. G.

HORSBURGH (H. J. N.): *The Relevance of the Utopian*, en «Ethics», LXVII, 2, 1957 (págs. 127-138).

Un cierto resplandor de idealismo moderado se considera como señal de salud a ojos de un político, pero la exageración idealista se ve como síntoma de un grave desorden. Los idealistas deben ser prácticos y no vivir en las estrellas. Este parece que es el criterio de nuestro tiempo y el que fundamenta, a